

La Filosofía y las Ciencias Sociales

ARTURO RAYA MORALES *

RESUMEN: El siglo XX fue dominado por una profunda tradición apegada a la idea de cientificidad tomada de las formas típicas de proceder de las ciencias naturales. La reflexión filosófica y el trabajo cotidiano del investigador social, se enfrentaron a dicha tradición y tuvieron que superar las limitaciones de dicha visión y el desprecio mismo que caía sobre las ciencias sociales cuando no se apegaban al modelo naturalista. Aunque más tardíamente respecto de la constitución de las ciencias naturales y formales, las ciencias sociales han entrado en su verdadero proceso de constitución como disciplinas autónomas. Dentro de este proceso, se resaltan las dificultades más significativas que históricamente retrasaron su desarrollo; además de caracterizar la especificidad propia del conocimiento social y su diferencia con otros tipos de conocimiento. En este sentido, más que una revisión histórica de las diversas concepciones y corrientes sociológicas que han aparecido a lo largo de la historia de las ciencias sociales, se pretende resaltar la problemática actual de éstas en su aspecto epistemológico y metodológico. El entendimiento de la situación actual de estas ciencias hace necesario, sin embargo, traer a colación diversos antecedentes históricos, a los que se hará referencia en los términos más parcos posibles.

“Quien siente una exigencia teórica, debe afrontar sin términos medios las aporías de la teoriedad y la insuficiencia del simple empirismo; el arrojarse de cabeza en la especulación sólo puede servir para empeorar la situación actual. Frente a la investigación sociológica, empírica, es tan necesario el conocimiento profundo de sus resultados como la meditación crítica de sus principios. Y más urgente que nada sería la autorreflexión de la investigación dirigida según sus propios métodos y según los modelos característicos de su trabajo”.

Th. Adorno – M. Horkheimer, *La sociedad*.

1. La problemática

Apoyarse en los métodos de investigación de otras ciencias no representa ni adquiere la significación de un error irreparable, ya que, en última instancia, refleja un momento del pensamiento sociológico en ciertas circunstancias históricas. Sin embargo, es importante señalar que la historia de la reflexión sociológica ha puesto al descubierto que el soportarse en metodologías ajenas a un objeto de estudio específico, en este caso el social, conduce a la formación de una concepción equivocada de éste, y pone de manifiesto un claro y marcado retraso en la consecución de la autonomía de la ciencia social.

* Maestrateante en Metodología de la Ciencia en el CIECAS del IPN, Licenciado en Filosofía por la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo y profesor de Filosofía de la Ciencia en la Facultad de Psicología de la UNAM.

Ahora bien, la segmentación actual de las ciencias que conforman una diversidad de disciplinas derivadas de los problemas y objetos específicos estudiados por cada una de ellas, la función que cada disciplina desempeña en la tarea de establecer de manera cada vez más objetiva los componentes que integran la compleja realidad social, así como la multiplicidad de actividades profesionales existentes en la sociedad contemporánea derivada del grado de especialización alcanzado por las ciencias sociales, no facilitan una referencia inmediata a problemas particulares de una disciplina en especial. Por esta razón, los problemas que aquí se tratan están referidos a la ciencia social en su conjunto, dado que en el fin de cuentas el objeto común de las distintas disciplinas sociales lo constituye el hombre, las leyes y procesos de desenvolvimiento histórico de la sociedad en donde es sujeto y objeto de las transformaciones que ocurren en su seno.

2. La separación de la filosofía y la caída en el naturalismo

En el desarrollo de la sociedad occidental la prosecución del conocimiento del mundo físico, dio por resultado que las ciencias naturales lograran “apropiarse” de una región de la realidad para su estudio. En la edad moderna, el dogma teológico fue perdiendo terreno hasta que la autoridad de las ciencias naturales fue en general reconocida.¹

De la misma forma que las ciencias naturales se fueron desprendiendo de la filosofía, que en la antigüedad incluía la reflexión sobre el acaecer natural, para convertirse en disciplinas “plenamente” autónomas en su proceder y en la selección de sus objetos, las ciencias sociales irrumpen tratando de separarse de la filosofía, la que también en este campo aglutinaba a la reflexión sobre lo social (recuérdese que las concepciones sobre la sociedad desarrollada por Platón y Aristóteles fueron esbozadas en dependencia de sus sistemas filosóficos). Así, la ciencia social reclamaba el derecho a proceder independientemente rechazando la especulación teológica y justificante heredada de la antigüedad y la edad media.

Este rechazo con que, por ejemplo, el iluminismo lleva a cabo su crítica de la filosofía medieval, refleja el espíritu que la ciencia natural empezaba a infundir en el nuevo ámbito del pensamiento. En efecto, la ciencia natural demostraba, en oposición a las concepciones teológicas,

que la realidad podía ser plenamente cognoscible y que el conocimiento de las leyes de la naturaleza podía ser puesto al servicio del hombre en la solución de sus necesidades y la realización de sus fines. La ciencia social en ciernes, asumiendo esta actitud, consideraba que el orden social podía ser conocido y modificado según los fines de la razón, revelando el impacto del naturalismo triunfante. Otras influencias del naturalismo eran directas y se pusieron de manifiesto en la búsqueda iluminista de una naturaleza humana o en la concepción de la sociedad como simple agregado de individuos.

La pretensión de independencia entonces, no alcanzó fácilmente su cometido. Las distintas teorías sociales que se fueron desarrollando eran precedidas o estaban en estrecha relación con sistemas filosóficos diversos, los que aportaron muchos elementos en la construcción y surgimiento de dichas teorías. Y, en general, puede decirse que la teoría sociológica surgió impregnada de una visión naturalista y mecánica como resultado de la influencia provocada por el descubrimiento y aplicación de los métodos experimental e inductivo.

La teoría social de la época no supo advertir con precisión que la realidad natural es diferente a la social; no se comprendió que lo válido para el estudio de la naturaleza no podía ser trasladado al terreno social. Las ciencias naturales demostraban que el conocimiento de los fenómenos físicos debía apearse a la demostración empírica, sin ayuda de dios, la teología o la especulación metafísica. Este fue un principio importante tomado en cuenta por las ciencias sociales, pero en forma tan mecánica que la realidad social fue vista con los lentes del modelo natural. “En general –dice Kofler– los representantes de la filosofía social del siglo XVIII se inspiraron en una imagen mecanicista del mundo(...) pasaron a concebir la sociedad según la ciencia natural y aplicar en su estudio el método de ésta”.²

Los pensadores materialistas de la época fueron tan grandemente influenciados por la visión mecanicista que vieron en factores extrasociales, como las condiciones geográficas o los procesos de la atomística, los aspectos determinantes del desenvolvimiento histórico de la sociedad.

El factor geográfico, por ejemplo, es el aspecto fundamental sobre el que descansa la concepción de la sociedad en Montesquieu. Este pensador, que evidentemente exageró la importancia de las condiciones geográficas (clima, suelo, etc.) en la historia, hace énfasis en un aspecto extrasocial elevándolo al papel de regulador de los demás procesos de la vida social. Para él las leyes que norman la sociedad deben elaborarse tomando en cuenta dichas condiciones; sólo así se hace posible una eficaz orientación de los factores políticos, económicos, religiosos, etc.³ Holbach aplica la teoría de los átomos al estudio de la sociedad. Dado que el hombre, sostenía, es un ser físico, o material, las acciones humanas pueden ser

¹ Mannheim, K. *Ideología y utopía*. Ed. Aguilar, 1973.

² Kofler, L. *Historia y dialéctica*. Ed. Amorrortu, 1974. p. 109.

³ Montesquieu, Ch. *El espíritu de las leyes*. Ed. Porrúa, 1967; Aron, R. *Las etapas del pensamiento sociológico*. Ed. Siglo Veinte, 1973.

explicadas por la medicina y la fisiología. Por ser el hombre, en síntesis, una figura física compuesta de átomos, es posible, a su juicio, que la sociedad sea explicada según esta teoría.⁴

El mismo Rousseau, al hablar de la naturaleza humana como una condición histórica propia de la civilización, refleja cierta influencia del naturalismo, aunque es preciso destacar que en su teoría social ya se destaca con claridad que los impulsos, los sentimientos, la moral, la libertad, los derechos, etc. (que configuran los contenidos y categorías de la noción de “naturaleza humana”), son problemas cuyo contenido y explicación pertenecen al mundo de lo social y que no pueden ser interpretados desde el punto de vista de un biologicismo mecanicista.⁵ Y la validez de esta aceptación social del hombre se mostró en su influencia sobre la revolución de 1789, la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano y la Constitución Francesa de 1791. También Helvecio da un paso adelante en la superación del naturalismo cuando afirma que el movimiento histórico tiene sus causas en lo económico y en las contradicciones existentes entre los diversos grupos sociales. De aquí que se le considere como un antecedente del materialismo histórico.⁶

Es, pues, en esta época cuando la tendencia a independizarse de la filosofía y la necesidad de fundamentar científicamente a la ciencia social se manifiesta nítidamente, impulsando este afán de una forma realmente significativa. Su limitación radicaba en que la reflexión social no pasaba de ser una “argucia de la razón” y un simple instrumento que permitía la participación en la vida política, los planteamientos obedecían a los intereses sociales en ascenso justificados por el racionalismo, además de que no pudo superar el molde de investigación de la ciencia natural que empezaba a mostrar su potencial.

Así, aunque la concepción del XVIII tuvo un carácter revolucionario, falló en fecundidad científica.

3. La reflexión sociológica frente al naturismo

Pero la irrupción de la reflexión social tuvo lugar en un contexto donde sus perspectivas de desarrollo tenían poca posibilidad. Mientras la ciencia natural recibía un impulso importante por el régimen capitalista en ascenso que empezó a considerarla como un soporte necesario e indispensable para su consolidación, la reflexión sociológica no sólo sufre el olvido y la condena por el nuevo orden, sino que incluso se le rechaza concibiéndola como política de oposición.

La reflexión sobre el acontecer social que proveyera al hombre de un conocimiento de su existencia en el devenir histórico no cuadraba con el pensamiento apologetico de

la nueva sociedad capitalista y, más aún, se le veía como sospechosa. Tal sospecha se convertía en un fuerte obstáculo para el desarrollo de la ciencia social, la que se ha sumergido en una crisis acentuada por la falta de crédito que se le da.

Este es el contexto en el que se desenvuelve la reflexión sociológica moderna, la que se extiende incluso hasta principios del presente siglo. Se sospecha de oposición al régimen argumentando que se hace una actividad política contra el viejo orden sin considerar la validez conceptual y objetiva de las reflexiones.⁷

Debido a estas circunstancias, la teoría social no alcanzaba a distinguir con claridad la particularidad de su objeto de estudio. Ya el mismo Descartes, cuando hablaba del verdadero fundamento de las ciencias positivas, consideraba que sólo podía ser objeto de interés científico lo aprehensible como idea clara. Ello significaba que el objeto de las ciencias inexcusablemente debería ser susceptible de formulación matemática, mientras que el mundo moral, que se mueve en un plano diverso, no admite ser ordenado según principios claros fisico-matemáticos y, por tanto, no reúne las características suficientes para considerarlo como objeto de la ciencia.⁸

Al definir Descartes lo que podía ser considerado como objeto de estudio de la ciencia, apuntaba a una reflexión sobre el objeto social que los estudiosos de estos problemas no supieron advertir, creyendo que la reflexión sociológica había encontrado su feliz destino navegando en el ideal inspirado por la ciencia natural.

El conocimiento social, por no tener un método preciso y seguro, sostenían los seguidores de lo exacto, podía ser ocultado o corrompido, en cambio el natural no. Las estrellas, por ejemplo, no pueden ser halagadas o corrompidas, sus cursos son visibles a simple vista y pueden ser seguidos por cualquier investigador.⁹

Respecto a los fenómenos físicos la experimentación tenía la última palabra. No se tenía necesidad de decir nada sobre ellos, sino simplemente expresar matemáticamente su movimiento y la regularidad de sus procesos.

A la reflexión sociológica, al contrario, poco le interesaba la causa o el principio de movimiento físico, preocupándose más bien de las causas y motivos que dan lugar a la desigualdad y por las leyes que determinan el acontecer

⁴ Barth, H. *Verdad e ideología*. Ed. FCE; 1951. Kofler, L. *op. cit.*

⁵ Rousseau, J. J. *El contrato social*. Ed. UNAM, 1969, pp. 7-109; *Discurso sobre el origen y fundamentos de la desigualdad entre los hombres*. Ed. Península, 1970; Gettel, R. G. *Historia de las ideas políticas*. Ed. Nacional, 1979.

⁶ Barth, H. *op. cit.*

⁷ Iglesias, S. *Filosofía de lo social*. Versión mimeográfica del curso impartido en la UMSNH durante el primer semestre 1975-76

⁸ Descartes, R. *Las pasiones del alma*. Ed. Aguilar, 1967.

⁹ Stark, W. *Sociología del conocimiento*. Ed. Morata, 1963.

histórico de la sociedad, cuestión que presupone un cuestionamiento de la estructura social en su globalidad. De esta forma, la reflexión sobre lo social adquiriría necesariamente un matiz crítico característica que la influencia naturalista le amputaba.

4. Intento de sistematización de la ciencia social

En este panorama, se ingresó entonces al terreno de la mera imitación del proceder de la investigación natural, considerando que ésta ya había desterrado la religión, la metafísica, los mitos, las creencias, etc., se creía estar al fin frente a la fórmula única y verdadera en la consecución de un conocimiento objetivo de la realidad social. “Hija del positivismo –sostiene Adorno– la ciencia social nace de la voluntad de liberar el saber de la fe religiosa y de la especulación metafísica. Mediante el apego a los hechos se esperaba llegar, también en este campo, a la objetividad de la cual eran un modelo las ciencias naturales, experimentales, por un lado, y matemáticas por el otro”.¹⁰

El ideal de exactitud que el desarrollo de las ciencias físicas había perfeccionado, significó la culminación del espíritu positivo. En efecto, la concepción positivista tiene su fundamento en el rechazo de la metafísica y la teología, así como en la renuncia a las indagaciones vagas y arbitrarias, teniendo a la observación como la única base segura del conocimiento. El análisis de las causas llegó a no ocupar lugar alguno en la investigación científica y en su lugar se estableció la búsqueda de las leyes. De ahí se ha desprendido que el método ha de apegarse a los hechos, por ser éstos el material indispensable para captar las leyes. Tal es, en síntesis, lo esencial de la concepción positiva de la ciencia, que se inicia en el siglo XIX y ha llegado a tener un gran auge en nuestro tiempo.

En este ambiente se despliega en la mentalidad científica el ideal de búsqueda de leyes determinables exactamente, introduciendo en la teoría social la exigencia de un modelo teórico de la sociedad cuyo principio básico sería el de contener los mismos caracteres de exactitud.

Tal tarea es emprendida en forma sistemática por Augusto Comte. La justificación de la investigación social desde el punto de vista positivista y el programa que le fija se reducen a lo siguiente: *el conocimiento social verdaderamente científico ha de encauzarse fielmente como un retrato del proceder de las ciencias positivas.*

Su punto de partida es la identificación del desarrollo de los fenómenos sociales con los de la evolución natural, entendiéndose que éstos siguen un proceso de ascenso

de las formas más bajas hasta llegar a las más altas. Postula de esta forma los fundamentos de su sistema de filosofía positiva sustentado en la “ley de los tres estados”. De acuerdo con esta ley, el espíritu humano pasa sucesivamente por tres estados, a los que corresponde un método específico de filosofar. En el primer estado, el teológico, el espíritu humano explica los fenómenos atribuyendo su eficacia a las fuerzas de seres sobrenaturales; en el segundo, estado metafísico o abstracto, los agentes sobrenaturales son reemplazados por fuerzas abstractas; en el tercer estado, positivo, la explicación se limita a observar los fenómenos y a establecer los vínculos regulares que pueden existir entre ellos. El examen de las causas de los hechos es sustituido por la búsqueda de las leyes que los rigen.¹¹

El descubrimiento de esta ley tiene para Comte la importancia de haber demostrado que el modelo de pensamiento triunfante en las ciencias naturales y matemáticas (física, química, astrología, mecánica, geometría, etc.), debe imponerse a la investigación de lo social. Permitiendo, por un lado, la constitución de una ciencia positiva de la sociedad que es la sociología, para alcanzar un conocimiento realmente objetivo apegándose a la observación de los hechos (máxima de la filosofía positiva), y, por otro, completar el sistema de las ciencias positivas fundando la “física social” (como él denomina a la sociología) y cerrando definitivamente el estado positivo, último estado del espíritu humano.

La teoría de la “física social” supone que el estudio de los fenómenos sociales se realice necesariamente con categorías elaboradas por el espíritu positivista, base que permite el análisis congruente de ellos. La estática y la dinámica son entonces las dos categorías fundamentales de la sociología de Comte. La estática consiste en estudiar a la sociedad comparándola con un organismo vivo. Por consiguiente, esta categoría permite, por una parte, el análisis anatómico de la estructura de la sociedad en un momento dado, y, por otra, el examen de los elementos determinantes de la sociedad en tanto unidad. La dinámica es simplemente la descripción de las etapas sucesivas recorridas por las sociedades humanas.

La física social, en pocas palabras, no es otra cosa que la dilucidación del orden anatómico de la sociedad y la reconstrucción de las diversas etapas por las cuales ha pasado este orden antes de culminar en la expresión positivista final. Con esas categorías, estática y dinámica, Comte identifica dos principios básicos que actúan en el mundo: el orden y el progreso.

En la misma línea de pensamiento positivista de Comte se encuentra Emilio Durkheim, quien al igual que sus maestros se propone asegurar el carácter de ciencia a la sociología. Considera que la sociología se ha limitado a

¹⁰ Adorno, Th. -M. Horkheimer. *op. cit.* p. 9

¹¹ Comte, A. *Curso de filosofía positiva*. Ed. Aguilar, 1973.

manejar conceptos e ideas difícilmente demostrables a través de la experiencia y comprobación rigurosa. Este principio de la concepción positivista surgido como superación de la especulación teológica y metafísica ha de regir necesariamente la investigación social, de aquí que reclamen al sociólogo el deber de ponerse en el mismo estado de espíritu del investigador de las ciencias naturales.¹²

Su concepción de la sociología se funda en una teoría del hecho social. El interés de Durkheim es demostrar que puede y debe existir una sociología plenamente objetiva, conforme al modelo de las ciencias positivas, cuyo objeto sería el hecho social. Para que la sociología se constituya en una disciplina plenamente científica son necesarias dos cosas: por una parte, es necesario que el objeto de esta ciencia sea específico, es decir, que se distinga del objeto de las demás ciencias; por otra, es necesario que pueda ser observado y explicado de modo semejante al proceder de todas las demás ciencias.

A raíz de esta doble exigencia Durkheim postula su fórmula celebre: es necesario considerar los hechos sociales como cosas. En esta concepción resume su visión general de las ciencias sociales. Durkheim define la cosa como aquello que se opone a lo mental. “Es una cosa —dice— todo objeto de conocimiento que no sea naturalmente aprehensible por la inteligencia, todo aquello de lo que no podemos tener una noción adecuada por un simple procedimiento de análisis mental, todo lo que el espíritu sólo puede llegar a comprender a condición de salir de sí mismo a través de observaciones y experimentaciones pasando progresivamente desde los caracteres más exteriores e inmediatamente accesibles hasta los menos visibles y más profundos”.¹³ En virtud de no saberse inmediatamente qué son los hechos sociales (el estado, la democracia, etc.) es necesario considerarlos como si fueran cosas.

Esto supone la elaboración de ciertas reglas metodológicas para la investigación social. Entre ellas destacan las tres siguientes: primera, para observar los hechos sociales hay que eliminar radicalmente los prejuicios por ser elementos que obstaculizan la apreciación científica de la realidad; segunda, la materia de toda investigación sociológica debe comprender un grupo de fenómenos agrupados de antemano por ciertas características comunes; y tercera, el investigador debe considerar los hechos sociales como independientes de sus manifestaciones individuales.

En síntesis, se requiere que la investigación de los hechos se realice desde fuera, describirlos como se describen los hechos físicos, como lo que está dado y se impone a la observación. A esto se añade, cuestión que perfila a Durkheim como precursor de la estadística social, que el conocimiento objetivo de los hechos tiene su complemento en el análisis de la información estadística.

5. La visión antihistórica del pensamiento positivista y la superación dialéctica

El carácter antihistórico de la concepción positivista se aprecia claramente. Al sostenerse que la sociología puede elaborar previsiones con “cierto grado de exactitud” cuando la ordenación de los datos observables permita la formulación de las leyes naturales de la sociedad, se omite que la historicidad de los fenómenos sociales no puede ser captada con el modelo positivista. No se toma en cuenta, además, que los procesos se encuentran sujetos a cambios constantes por las contradicciones que encierra la sociedad, derivadas de la participación activa de los hombres que aplican en su existencia un conjunto de valoraciones y fines que no son aprehendidos con la cuantificación y el simple apego a los datos.

Un doble fundamento sustenta el modelo de investigación positivista: por un lado, se tiene que ésta representa la síntesis del nuevo tipo de pensamiento conformado por la visión mecanicista de la ciencia natural; por otro, que es el portavoz del ambiente intelectual de las nuevas condiciones sociales instauradas por el desarrollo del capitalismo, el cual propicia y fomenta el pensamiento cuantificador concibiéndolo como un elemento medular en la regulación eficiente de la producción, el comercio y la misma vida social. La teoría social positivista, en este sentido, asimila perfectamente la visión mecanicista. El mundo social es visto como las cosas y se cree, entonces, que puede ser medible con precisión.¹⁴

La consecuencia lógica que la concepción positivista trajo consigo se tradujo en un obstáculo significativo para el desarrollo de la ciencia social: esta situación resume, a su vez, el doble equívoco implícito en la concepción positivista, reflejado en la declaración y definición del objeto propio de la ciencia social y en el método usado para investigar y explicar dicho objeto.

En efecto, en cuanto al método se refiere, la visión mecanicista tiene un típico carácter analítico en donde subyace el elemento antihistórico de la observación de los procesos, los cuales son separados y examinados en sus partes, fuera de su contexto, siendo reducidos a hechos escuetos.

La teoría social positivista encierra, pues, cuestiones centrales que permiten caracterizar sus limitaciones en el examen de la realidad social: en primer lugar, el punto de vista positivista destaca como esencial la captación de los hechos frente a los procesos, dejando fuera de la investigación la observación de los cambios, los momentos,

¹² Durkheim, E. *Las reglas del método sociológico*. Ed. Tiempo Crítico, 1971.

¹³ *Ibid.* p. 14.

¹⁴ Mumford, L. *op. cit.*

las transformaciones, los desenvolvimientos implícitos en los fenómenos histórico-sociales. La explicación del movimiento de los procesos es substituida por la simple recolección de los hechos. En segundo lugar, supone una predominancia tajante de la forma y la cuantificación frente al contenido y la cualidad de los procesos sociales.

En tercer lugar, en su apego a lo dado, la teoría positivista evade la contradicción de lo social. Es decir, los aspectos negativos que representan el núcleo de la contradicción social y la base de su movimiento, no son asequibles a la observación inmediata; no son “dados y no ocupan un lugar importante en esta teoría”. De aquí que la explicación de los fenómenos de la conciencia y las formas de acción, que no se logra con el análisis de los hechos y los datos, no sean tenidos como importantes y se esté muy lejos de concebirlos como principios básicos y elementos generadores del cambio social. De esta manera, la contradicción inherente a lo social es reducida a lo positivo, presentándose una visión parcial de los fenómenos.

Pero la ciencia social, al igual que la filosofía, requieren, en cambio partir previamente de una visión total de los fenómenos. La gran aportación de Marx, y aquello que lo distingue de sus predecesores, estriba no sólo en poseer una visión más precisa del devenir histórico de lo social, sino en haber introducido la categoría de totalidad para concebir como unidad la multiplicidad de los momentos contradictorios en que se desenvuelven los fenómenos. La sociedad es concebida como totalidad y no simplemente como un conjunto gregario de individuos.

La dialéctica de la teoría marxista, habiendo asimilado perfectamente los avances de las ciencias positivas y la utilidad de la técnica en la solución de las necesidades prácticas del hombre, supera el simple mecanismo acentuando el cambio como ley fundamental de los procesos de la realidad social. Con esto, la teoría de la sociedad da un paso definitivo al integrar el principio de historicidad de los fenómenos.

Al situarse en la perspectiva del análisis dialéctico, la sociología marxista que se funda en una interpretación de conjunto de las sociedades cuya ley esencial es el cambio, la transformación, la contradicción, etc., muestra nítidamente el carácter antihistórico del modelo positivista y que, sustentado en un claro proceder empírico-analítico habituado a enfocar las cosas y los procesos aisladamente, proporciona siempre visiones parcializantes. “El método

dialéctico —dice S. Iglesias— ambiciona ser totalitario, no ambiciona investigar una realidad desde el punto de vista parcial y analitizado como lo hacen las ciencias especiales”.¹⁵

La aceptación del positivismo como el método más acabado y el hecho de que la teoría dialéctica tardara más tiempo en ser comprendida y utilizada a pesar de que la teoría marxista había demostrado su fecundidad en la aprehensión objetiva de la sociedad se debe, según Kofler, a que “la humanidad se ha inclinado a ver en las importantes conquistas de la ciencia natural, orientada racionalistamente, un triunfo del pensamiento cuantificante—separador. Y, sin embargo, con el auge que ha tomado el interés por los problemas científico-sociales, la dialéctica se impone cada vez más, pues el método científico—natural racional, en mayor o menor medida, se ha mostrado insuficiente para las ciencias sociales”.¹⁶

Ahora bien, si los intentos de la teoría social positivista fallaron, ofreciendo siempre visiones parciales y aisladas de la sociedad o productos del empirismo radical que reduce la realidad a sus manifestaciones estrictamente cuantificantes, ello se debe también a la concepción y caracterización del objeto social con que trabaja y que no acierta a captar en la determinación de su particularidad.

En principio, la característica específica del objeto social, a diferencia de otros objetos, es la de ser una realidad antropomórfica, es decir, una construcción producto de la actividad humana. Esta “segunda naturaleza” como Marx la llamó, lleva implícita el rasgo de conciencia que el hombre imprime a través de su praxis. La realidad social, en este sentido, tiene la particularidad de ser una construcción del ser humano.

En el mundo de la naturaleza las leyes y fenómenos tienen lugar independientemente de la acción y el querer de los hombres, las relaciones que se establecen entre sus leyes son mecánicas; en la naturaleza antropomórfica, en cambio, los procesos no suceden sin la participación de la conciencia humana. Su particularidad es la de ser un objeto construido, no puede existir por sí mismo. “En la naturaleza antropomórfica, la objetividad incluye a la conciencia misma, un sentido, un hacer, no sólo un ser, una manera de ver las cosas, y no sólo las cosas mismas”.¹⁷

La actividad mediadora entre el hombre y la realidad natural, sobre la que se levanta la realidad social pero siguiendo leyes distintas, es el trabajo a través del cual el hombre, decía Marx, construye la sociedad y se construye a sí mismo. En la medida que el hombre trabaja, el hombre se objetiva y se humaniza. Sus acciones están regidas por los proyectos y fines que traza en su propio devenir.¹⁸ La diferencia, decía Engels, entre la naturaleza y la sociedad es que en esta última el movimiento es teológico, está regido por fines y deseos que el hombre se propone. En

¹⁵ Iglesias, S. *Principios del método científico*. Ed. Verum Factum, 1976. p. 221.

¹⁶ Kofler, L. *La ciencia de la sociedad*. Ed. Revista de Occidente, 1968. pp. 16-17.

¹⁷ Iglesias, S. *Curso de filosofía*. Ed. Font, 1976. p. 146.

¹⁸ Marx, K. *Manuscritos económico-filosóficos*. Ed. FCE, 1973.

la naturaleza no hay fines, “los factores que actúan los unos sobre los otros y en cuyo juego mutuo se impone la ley general, son todos agentes inconscientes y ciegos(...) En cambio, en la historia de la sociedad, los agentes son todos hombres dotados de conciencia, que actúan movidos por la reflexión y la pasión, persiguiendo determinados fines; aquí nada acaece sin una intención consciente, sin un fin propuesto”.¹⁹

6. La tendencia empirista contemporánea

Como justificación del rechazo a la “especulación” y la exigencia de “exactitud” y objetividad de las ciencias naturales que concede a los datos la importancia esencial en el estudio de los fenómenos, se generó la extensión del concepto de “investigación social empírica”, como método, a todo el campo de la investigación sociológica.

La reflexión sociológica programó, por este camino, la superación de la sospecha, considerándose que ésta y el desprecio hacia el conocimiento de la historia del hombre encontraba una feliz salida siempre y cuando se apegasen a la investigación empírica estadística y cuantificable, es decir, a la recolección y ordenación de datos, de los cuales se desprendería por sí sólo el conocimiento total de la realidad social.

Esta situación constituye uno de los elementos que caracterizan contemporáneamente la investigación social, fundamentalmente en la sociología norteamericana, la que en su afán de “resolver” los problemas sociales y planificar la administración del estado, reduce la ciencia social a una técnica agrupadora de datos, haciendo de la investigación social una especialización ingenieril y presentando esta actividad como la única vía para el estudio científico de la sociedad. “Esta actividad, técnica empírica, dice Adorno, parece adquirir primacía en la actividad académica actual en los países anglosajones, sobre todo en Estados Unidos, y existe la propensión a considerar que todo lo que no obedece a sus criterios es anticientífico”.²⁰

La estadística se convierte en el interés central de la investigación y ésta se separa del mundo social. Los problemas sociales son estudiados solamente en sus cifras y fórmulas estadísticas, dejando de lado la dialéctica de los procesos y las leyes del desarrollo histórico de la sociedad. Con esto, la explicación científica cabal de la sociedad es tergiversada y convertida en un simple descripticismo cuya base son los datos.

“Los amantes de la estadística, la sociología norteamericana, ignoran las leyes de la sociedad y de la historia, que no se captan por la estadística, las leyes de la macrosociología. No creen en la verdad de estas leyes, no creen que la sociología científica pueda formularlas y demostrarlas, y que valga la pena buscarlas”.²¹

Vestido con un ropaje de científicismo neutral, el análisis estadístico manifiesta su limitación precisamente porque no explica los hechos en relación con la estructura general en donde verdaderamente adquieren significación, imposibilitándose para establecer las leyes a que responden los fenómenos del mundo social. Es decir, lo que queda definitivamente fuera del alcance de análisis estadístico es consiguientemente la captación del movimiento real y las transformaciones y cambios existentes en los procesos históricos, en las relaciones sociales individuales, grupales, institucionales, etc., así como la estructura de la acción social en general, aspectos que constituyen el contenido de la estructura global del fenómeno social.

El empirismo sociológico es esencialmente analítico. Eleva la simple técnica a la explicación científica total. Su trabajo esencial, que es la encuesta y la entrevista mediante las cuales pretende determinar cómo viven, piensan, sienten y juzgan los hombres, se olvida de que esto esconde los fines políticos, la dominación del estado y las clases económicamente poderosas. “El estudio de la sociedad –dice Adorno– no deberá olvidar que las tendencias sociales de fondo, verbigracia, ciertos desarrollos políticos, no actúan uniformemente según el modelo estadístico de la población, sino según los intereses más poderosos y la acción de quienes hacen la opinión pública”.²²

La liquidación de la categoría de objetividad social es una consecuencia lógica de la investigación estadística, la cual no advierte que los verdaderos principios de la objetividad social no se captan con las leyes de los números. Más aún, en opinión de Adorno, este tipo peculiar de proceder que se jacta de pureza y objetividad da preferencia, paradójicamente, a lo subjetivo.

Tal es el caso, por ejemplo, de la investigación de mercados que supone preferentemente el registro de las actitudes y opiniones personales de cierto tipo de individuos y las considera como realidades *per se*.²³

Sin embargo, es conveniente observar que aunque se nieguen la posibilidad de que la estadística represente la forma cabal de explicación, ésta tiene un valor importante como instrumento en el estudio de lo social, incluso constituye toda una rama de la sociología sumamente desarrollada sin la cual el examen cabal de lo social tampoco sería posible. Vista como un instrumento, se da lugar a

¹⁹ Engels, F. *Ludwin Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*. En: Marx, K. y F. Engels. *Obras escogidas*. T. III. Ed. Progreso, s/f. pp. 384-385.

²⁰ Adorno, Th. - M. Horkheimer. *Op. cit.* p. 119.

²¹ Aron, R. *Op. cit.* p. 10.

²² Adorno, Th. - M. Horkheimer. *Op. cit.* p. 123.

²³ Adorno, Th. - M. Horkheimer. *Sociología*. Ede. Taurus, 1971. pp. 288-289.

que la ciencia social se ocupe de los problemas de fondo de la realidad humana rompiendo el fetichismo cuantificador al ubicarla específicamente como un elemento entre otros, de la investigación en un momento dado. “En una sociedad liberada, la estadística sería positivamente lo que ahora es negativamente: una ciencia de la administración, pero realmente de la administración de las cosas –a saber, de los bienes de consumo– y no de los hombres”.²⁴

Alrededor de esta problemática aparece la cuestión de la crítica social. Como ya se vio, el empirismo sociológico que polemiza contra las concepciones “especulativas” de la sociedad bajo el dogma del cientificismo positivista, ha conducido a la neutralización y anulación del sentido crítico inmanente a la investigación social, al hacer de ésta una simple técnica de análisis cuantitativo de los fenómenos. “Lo que importa –sostiene Adorno– en el empirismo sociológico es la ‘exactitud’ religiosa de la comprobación, y no el ideal de una sociedad justa... la sociedad es objeto de observación, no de admiración y condena”.²⁵ Desde tal punto de vista, se niega la función de la ciencia social como autoconciencia de la sociedad; y el contenido humanista de ella (en cuanto puede contribuir a la edificación y construcción de una sociedad libre) es relegado y puesto en un plano secundario.

Por obra de este trastocamiento, la investigación deviene en un instrumento apologético del orden social al no poner en tela de juicio las contradicciones y el movimiento real de los procesos históricos. La función crítica de la ciencia social que Marx había desarrollado implacablemente es mutilada en este contexto. Al respecto, dice Raymond Aron que esta forma de estudios de la sociedad debería denominarse “sociografía”; y Adorno sostiene que “merecería el nombre de una sociología sin sociedad”.

De lo anterior se deduce la existencia del elemento subjetivo que acompaña al conocimiento social, dándole una característica específica, supuesta implícitamente, conformada por un sistema de valoraciones que el sujeto investigador porta consigo y que determina y orienta el rumbo de la investigación.

La llamada pureza de la ciencia social no existe. En la medida en que alcanza la explicación objetiva de las acciones humanas y las leyes que rigen el movimiento social, se ponen al descubrimiento las contradicciones sobre las que soporta. De aquí que la teoría de la neutralidad valorativa de Max Weber, al intentar establecer una ciencia social

ajena a las valoraciones de los sujetos que investigan como condición básica para alcanzar un conocimiento objetivo de lo social, exprese un equívoco y ponga de manifiesto un claro matiz apologético. Según él, en el terreno de la investigación sociológica las valoraciones han ejercido una influencia negativa que han enturbiado de continuo el logro del conocimiento científico, volviéndolo utilitario e impidiendo el establecimiento de una ciencia social plenamente objetiva.²⁶

Pero al mismo tiempo que se destaca el factor valorativo como parte de la estructura del conocimiento social, es preciso asentar que de ningún modo esto conduce a la conocida tesis que postula la existencia de ciencias de clase defendida dogmáticamente. Según esta tesis, la ciencia social es objetiva sólo en la medida que se relaciona y se sustenta en una clase, un partido o una actividad política que se autodenomina revolucionaria. Tal enfoque reduce la función del conocimiento social a un simple partidismo donde el principio de objetividad se sumerge en un relativismo que anula el carácter de validez universal de la verdad científica.

La investigación social supera el simple partidismo en la medida que el sistema de valoraciones se conecta con la demostración metódica en el análisis de la verdad, distinguiendo en la argumentación científica las valoraciones que por su contenido se ubican en el terreno de lo cotidiano y del activismo político, de aquéllas que tienen como soporte una metodología congruente y sistemática acorde con el objeto social.

Bibliografía

- ♦ Adorno, Th y Horkheimer, M., *La sociedad*, Ed. Proteo, México, 1969.
- ♦ Aron, R., *Las etapas del pensamiento sociológico*, Ed. Siglo veinte, México, 1973.
- ♦ Barth, H., *Verdad e ideología*, Ed. FCE, México, 1951.
- ♦ Comte, A., *Curso de filosofía positiva*, Ed. Aguilar, Madrid, 1973.
- ♦ Durkheim, E., *Las reglas del método sociológico*, Ed. Tiempo Crítico, Buenos Aires, 1971.
- ♦ Gettel, R. G., *Historia de las ideas políticas*, Ed. Nacional, México, 1979.
- ♦ Kofler L., *Historia y dialéctica*, Amorrotu, 1974, p. 109.
- ♦ Mannheim, K., *Ideología y utopía*, Ed. Aguilar, México, 1973.
- ♦ Rousseau, J. J., *El Contrato Social*, Ed. UNAM, México, 1969.
- ♦ Stark, W., *Sociología del conocimiento*, Ed. Morata, México, 1963.

²⁴ Adorno, Th. - M. Horkheimer. *Op. cit.* p. 298.

²⁵ Adorno, Th. - M. Horkheimer. *La sociedad*. Ed. Proteo, 1969. p. 13.

²⁶ Weber, M. *Sobre la teoría de las ciencias sociales*. Ed. Península, 1974.